

Informe contra mí mismo

Un libro emblemático

Sara Sefchovich

En 1997 se publicó *Informe contra mí mismo* de Eliseo Alberto. Lo compré a pesar de su horrenda portada, porque el título era muy provocador. Y cuando lo leí me causó una conmoción interior.

Y es que lo que el autor sacaba a la luz no era, como parecía a primera vista, un ensayo que daba fe de la vida en Cuba a partir de la revolución, sino una herida abierta.¹

Abierta por como escribió el texto, abierta por sus consecuencias.

Porque todo empezó cuando la seguridad del Estado cubano le pidió al joven soldado que era entonces el autor que hiciera un informe nada menos que sobre su propia familia: todo lo que hacían, lo que decían, a quiénes visitaban o quiénes los visitaban a ellos. Y él aceptó, tenía que aceptar, y como le dijo a su padre, el poeta Eliseo Diego, se puso a hacerlo, a escribir un informe sobre los suyos que se esperaba fuera contra los suyos.

Las consecuencias fueron tremendas: el desencanto con la revolución y a partir de allí todo lo demás: la salida de la patria amada, la culpa con y el dolor por la familia y los amigos. Y esto lo carcomió durante toda su vida.

Carcomer es la palabra que me parece define mejor a este escritor. Juan Cruz prefiere decir que es la melancolía² pero no es así. Aunque siempre tuvo nostalgia, Lichi era un hombre bullanguero y amiguero y contador de historias como cualquier caribeño de veras. Pero algo dentro de él lo quemó siempre.

Eliseo Alberto era cubano desde todas las generaciones de la memoria y por los cuatro costados, pero

también lo era en la piel y la entraña, en el deseo y la imaginación. No sólo nació en la isla y vivió la mayor parte de su vida en ella, sino que siguió habitándola desde el exilio en México, comiéndosela todos los días como le dijo a alguien con quien conversó sobre su gusto por cocinar los platillos isleños y viviendo cada instante con “mi insoportable amor por Cuba”, como dijo en una entrevista.³

Y sí, el hombre amaba su terruño, su Isla Juana, Isla Fernandina, país de caña y tabaco, de plátano y café, de ron y guayabita del pinar, país de guajiros y mulatas y negros, de maniguas, bateyes y trapiches, de esclavos, estudiantes y poetas, de son y guaguancó, de Yemayá, Changó y Babalú, de Santa Bárbara Bendita y la Virgen de la Caridad del Cobre. Y tenía de su patria ese conocimiento que no se da por el accidente de haber nacido allí sino por la decisión de amarlo profundamente, porque si no, ¿cómo acordarse así de las piedras, de las tardes, de la banca en el parque, del olor a sal y el avance del salitre en las cerraduras?, ¿por qué ponerse necio por saberse de memoria la historia, la geografía, la literatura cubanas, por sabérselas de corazón, como se dice en inglés?

En este libro lo que encontramos es una mirada sobre Cuba hecha desde el amor. Algo muy cubano, pues la veneración de los isleños por su patria no es retórica ni su nacionalismo es barato o de clases de civismo de primaria: en ellos es profundo como en ningún otro país del continente.

Así pues, conocimiento de primera mano y amor de vieja raigambre, vivencias personales y dolorosa constata-

¹ Sara Sefchovich, “Cuba y la recuperación de la memoria”, reseña a *Informe contra mí mismo* de Eliseo Alberto, Alfaguara, México, 1997, *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, número 2302, 31 de julio de 1997.

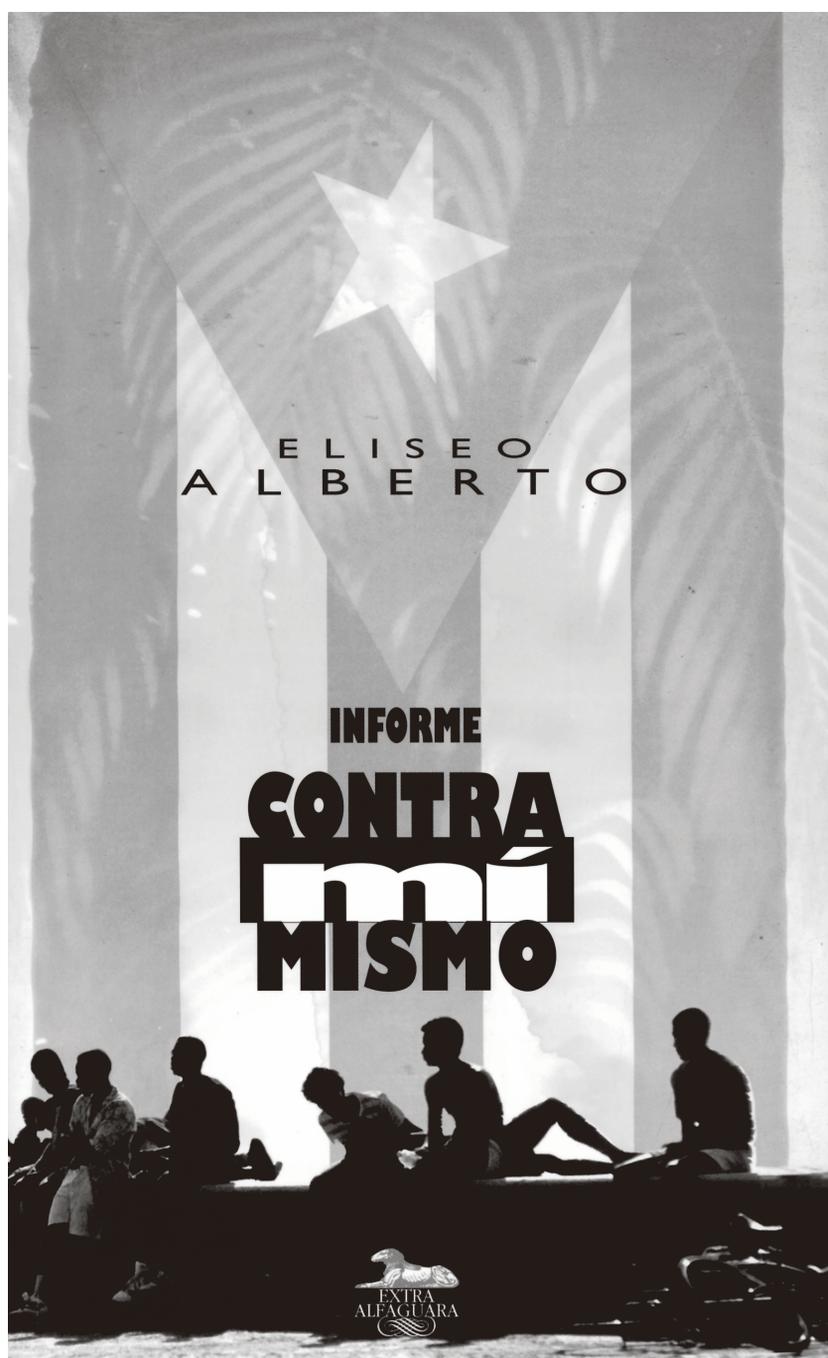
² Juan Cruz en entrevista con Eliseo Alberto, “Yo me como mi país todos los días”, *El País*, 14 de junio de 2008.

³ Eliseo Alberto a Antonio O. Ávila, “Ya está bueno de exilio, balseros y tiburones cebados”, *Babelia*, suplemento de *El País*, 26 de febrero de 2005.

tación de horrores, ésa es la materia del *Informe contra mí mismo* y lo que le da al texto una gran fuerza.

A Lichi le tocó vivir la revolución desde sus primeras ilusiones y hasta la desilusión, desde la creación de los complejos industriales y las cosechas de toneladas de azúcar, los hospitales y los atletas triunfadores, los discursos y consignas, las metas y plazos, las reuniones de obreros y estudiantes y vecinos que sometían a discusión todo, por igual una nueva ley que la ruta para una guagua, hasta las colas y carestías, la desaparición de la fruta bomba y el dulce de coco, del pan con timba, los lechones, la sopa de tapioca y el tamal de cazuela que él aseguraba que San Pedro comía en el cielo todos los domingos,⁴ para quedarse en el puro cerdo flaco y fibroso, en el arroz y el frijol, y la creación de los comités de

⁴ Eliseo Alberto a Juan Cruz, entrevista citada.



defensa y vigilancia con sus espionajes y acusaciones. La revolución se había convertido en los privilegios para algunos y la desconfianza contra los demás, particularmente aquellos que tenían otras inclinaciones sexuales y otros pensamientos o algún comercio privado. Fidel lo negaba pero todos lo sabían: a éste se lo llevaron, a aquél lo cogieron preso. Se hablaba de autocríticas y rectificaciones, se hablaba de traidores y purgas, con el argumento de que “el principio general es que dentro de la revolución todo, contra la revolución nada. Frente a los derechos de un pueblo, los derechos de los enemigos del pueblo no cuentan”.⁵

Pero ¿cómo diferenciar entre el que critica y se opone del que conspira y es contrarrevolucionario?

Por lo visto muchos no lo supieron hacer y por eso los castigaron o se tuvieron que salir y que ir, sin quererse salir ni ir. Así fue con Eliseo Diego y con todos los que se fueron porque ya no podían respirar, porque los perseguían, porque la revolución que liberaría a ese territorio americano terminó convertida en la absurda construcción de un camino por encima del mar, en la absurda supresión de los oficios y los mercados por la libre, en la absurda imitación de los países de Europa del Este, en la absurda costumbre de erigir estatuas y de entregarle departamentos a los amigos del régimen.

Pero eso no quiere decir que no extrañaran el cielo abierto, el mar que lo rodea todo, la tierra que va desde la punta de Maisí hasta el cabo San Antonio, las playas como Varadero, Santa María del Mar, Tarará, Jibacoa, los rincones donde se había nacido, como Arroyo Naranjo y Villa Berta, esos lugares que eran los del escritor, esos sitios que él era y en donde ahora va a reposar por la eternidad,⁶ y claro, La Bana, San Cristóbal de La Habana con sus calles angostas y el malecón con las olas golpeando contra la pared, donde como decía el escritor, por un lado pasa la vida, por el otro pasan los barcos.⁷

En este libro está todo eso: la felicidad de la juventud, la complicidad con la familia y los amigos, la belleza del mar, el desasosiego ante los cambios y la maravilla de la poesía. Porque los cubanos son un pueblo de poetas: Carpentier, Guillén, Lezama, Piñeiro, Eliseo Diego, Senel Paz, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Lydia Cabrera, Dulce María Loynaz, Dora Alonso, Fina García Marruz y muchos, muchos más. Y porque Eliseo Alberto desciende de una estirpe de poetas.

La conmoción que produce este libro es por lo que cuenta y por las palabras con que lo cuenta. ¿Qué puede hacer el lector cuando se encuentra con que los padres, pasaportes y boletos de avión en mano, decidieron me-

⁵ Fidel Castro citado en Sara Sefchovich, “Y mi honda es la de David”, *La señora de los sueños*, Alfaguara, México, 2010, p. 232.

⁶ Palabras de María José de Diego citadas en *Milenio*, 2 de agosto de 2011.

⁷ Eliseo Alberto a Antonio O. Ávila, entrevista citada.

¿por no abandonar su país y la familia entera aceptó y asumió y pagó por siempre esa decisión?, ¿qué puede hacer cuando se topa con el capítulo que selecciona y reproduce, una tras otra, las consignas utópicas de la revolución?, ¿y con los recuentos de las colas infinitas para entrar a un bar o a una tienda en la que ya no expenden nada?, ¿y con los apagones de doce horas?, ¿y con las cartas que recibe el narrador y que nunca sabemos si son reales o ficticias pero como diría un poeta lo mismo da?, ¿y con esas historias personales de los amigos y conocidos?, ¿y con los relatos de la represión y de los castigos a quienes se supone traicionaron la causa? ¿Y qué puede hacer el lector con ese epílogo en el que aparecen uno por uno durante páginas y páginas los nombres de tantos seres humanos que fueron castigados, que abandonaron la isla?

Veinte mil mártires había costado la lucha dijo alguien, mártires que eran “muertos que crecen y se agrandan aunque el tiempo devaste su esqueleto”.⁸ “¿Dónde ponerlos a ustedes en el informe, hermanos? ¿Dónde sus nombres en medio de cifras, de ilegibles tantos por ciento?”⁹

Lo terrible es que no iba a ser así. Por eso tantos creyeron en esa revolución. Le creyeron a Fidel cuando dijo: “Lo que hace diferente a esta revolución de todas las demás son las gentes que la están haciendo. Son seres inconformes que no se resignan con el fatalismo político que hasta aquí hemos vivido, seres que desean para la patria un destino mejor, una vida pública más digna, una moral colectiva más elevada y que no han dudado en entregar su vida a la causa. Sólo quien haya sido herido tan hondo y haya visto tan desamparada la patria y tan envilecida la justicia puede hablar con palabras que sean sangre del corazón y entraña de la verdad”.¹⁰

Sangre, entraña, patria: las palabras de la cubanidad, tan intensa ella. Por igual las pronunciaban los políticos del aparato que los exiliados, los pobres en los bohíos y cuarterías que los ricos en el Vedado y el Biltmore. Y por supuesto, también los poetas. Escribió José Martí: “Cuando se muere en brazos de la Patria agradecida / ¡Empieza al fin con el morir la vida!”.¹¹

Tenía razón Eliseo Alberto: *Informe sobre mí mismo* es un libro que “se escribe sólo una vez”.¹² Y sí, nadie podría soportar hacerlo más. Ya lo había intentado Reinaldo Arenas después de ese testimonio estrujante



Eliseo Alberto y Juan Villoro

que es *Antes que anochezca*.¹³ Eliseo Alberto buscó no nada más recordar sino sobre todo entender, no con la razón sino con la emoción. Y su conclusión es brutal: “Yo defendí un solo derecho: el derecho a estar equivocado, algo que poco se reconoce y menos por los políticos”.¹⁴

Informe sobre mí mismo destila fuerza y vitalidad más allá del dolor, de la nostalgia, del rencor y de la rabia. No es el suyo un juego de sensiblería ni un acto de venganza o de rebeldía como cree (y dijo) el propio autor, sino uno de libertad en el mejor sentido de la palabra: aquella que combina la recuperación de la memoria con la sabiduría de lo que ya no es posible recuperar.

Y luego está la prosa, la manera de escribir que conmueve y lastima, por su enorme capacidad para decir y significar, por su forma de construir las frases combinando barroquismo y transparencia, de valerse de las repeticiones, de elegir epígrafes que contribuyen a ese efecto brutal en el lector.

Se trata de un libro que quita el aliento y quita el sueño. Como dijera su autor: “A mucha gente le hizo bien, y sin ser pedante, sé que si soy recordado alguna vez va a ser por esa obra”.¹⁵

Ahora Eliseo Alberto se ha ido: “Durmió en paz, arrullado por un sonido que en la vigilia del entresueño lo aquietaba con la delicadeza de una canción de cuna. Había olvidado que en plena oscuridad, cuando la brisa sacude la fronda de un aguacate, las hojas pegan unas contra otras y entonces suenan como castañuelas de hojalata”.¹⁶ **U**

⁸ Miguel Hernández-Silvio Rodríguez, “Elegía segunda (Canción de Pablo)”.

⁹ Roberto Fernández Retamar, *Regreso a la Isla*.

¹⁰ Fidel Castro citado en Sara Sečhovich, *op. cit.*, p. 211.

¹¹ José Martí, *Elegía a mis hermanos muertos el 27 de noviembre de 1871*.

¹² Eliseo Alberto citado por Salvador Camarena, “Eliseo Alberto, el escritor cubano que defendía estar equivocado”, *El País*, 31 de julio de 2011.

¹³ Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*, Tusquets, 1992.

¹⁴ *Ídem*.

¹⁵ *Ídem*.

¹⁶ Eliseo Alberto, *El retablo del Conde Eros*, El Aleph, 2008.